

El cementerio rural gallego en la actualidad. Panorámica de una situación

ANTONIA M^a PÉREZ NAYA

Universidade de A Coruña

RESUMEN

El presente artículo pretende poner de manifiesto la degradación y el deterioro que sufre el mundo rural gallego en múltiples facetas y que alcanza en la arquitectura funeraria una de sus expresiones más graves. Nuestros pequeños cementerios rurales, modestos, sencillos, humildes pero bellos y cargados de significado, a los que el paso del tiempo ha dado una pátina de abandono y olvido, se han ido transformando e incluso han sido reemplazados por espacios totalmente impersonales, inhóspitos, carentes de personalidad y sobre todo incapaces de conmover al visitante que busca en ellos el recuerdo y la memoria, partiendo de la tópica consideración que la verdadera muerte se produce con el olvido.

Palabras Clave: Galicia, muerte, cementerio, arquitectura funeraria, enterramientos.

ABSTRACT

This article attempts to reveal the degradation and deterioration that the rural world is currently suffering in numerous facets; among those which undergo the most worrying process is the funeral architecture. Our small rural cemeteries are modest, simple and humble, but beautiful and full of significance. The passage of time has nevertheless given them a patina of neglect and oblivion. These cemeteries have been transformed and replaced with other spaces which are impersonal, inhospitable, lacking personality and, above all, unable to move the visitor who may look for remembrance in them, starting from the premise that actual death comes from oblivion.

Keywords: Galicia, death, cemetery, funeral architecture, burials.

*Cerrado, sacro –fuego sin materia-
Trozo terrestre a la luz ofrecido,
Me place este lugar: ah, bajo antorchas,
Oros y piedras, árboles umbríos,
Trémulo mármol bajo tantas sombras.
El mar fiel duerme aquí, sobre mis tumbas.*

PAUL VALÉRY. *El cementerio marino.*

1. LA MUERTE EN LA SOCIEDAD ACTUAL. Silenciamos la muerte

Para poder entender el significado de nuestra arquitectura funeraria, de nuestros cementerios, de sus fundamentos y de la necesidad de su existencia, es necesario previamente retroceder en el tiempo, mirar al pasado, para percatarse de las profundas relaciones existentes entre las distintas formas de enterramiento y la actitud de la sociedad ante la muerte, ya que uno de los rasgos de identidad de cualquier cultura es, precisamente, el modo en que esta entierra a sus muertos.

La muerte se define de múltiples formas, pero, en cualquier caso, siempre inseparable de la existencia, “el fin de la vida”, “el cese de la vida”, “la ausencia de la vida”...por lo que no se puede hablar de muerte sin hablar de la vida. Son los dos extremos del ciclo vital. Tenemos conciencia de nosotros mismos, desde el comienzo y a lo largo de toda nuestra presencia, como seres mortales, como seres finitos. Y son las consecuencias de tipo arquitectónico que resultan de este hecho lo que nos interesa y el objeto de este estudio.

“La especie humana es la única para la que la muerte está presente durante toda su vida, la única que acompaña a la muerte de un ritual funerario, la única que cree en la supervivencia o en la resurrección de los muertos”¹. Es por esta razón que no existe una sola sociedad, ni una sola cultura, que no se haya pronunciado sobre la muerte, siempre desde los puntos de vista más diversos: desde la filosofía, la teología, la antropología, la ética, la medicina, el arte...y sin embargo la sociedad actual lo evita al máximo o al menos le adjudica un papel totalmente marginal. Como señala Fernández Galiano:

“La muerte es hoy una forma de delincuencia, una desviación, una anomalía impensable...la muerte cotidiana es vergonzante. Ocultamos a los muertos como ocultamos a los enfermos y a los viejos; juzgamos el duelo como una patología que puede curarse, reducimos los rituales funerarios a caricaturas abreviadas y degradamos la arquitectura de la muerte hasta extremos desconocidos en nuestra cultura².

El gran avance tecnológico, científico, económico, social que se ha producido en los últimos años ha traído consigo profundos cambios a la humanidad, entre los que destaca la gran materialización de todos los aspectos de la vida, produciéndose una desacralización en la sociedad. Probablemente sea esta una de las causas a las que podemos achacar la nueva forma de actuar ante la muerte, ante un hecho tan consustancial a la propia naturaleza humana, a la propia vida. De hecho el gran interés que la arquitectura funeraria ha despertado en todas las épocas, desde la cultura Antigua hasta la Moderna, contrasta con el abandono y desinterés que en la actualidad despiertan el cementerio y la sepulturas, entendido el primero como lugar fúnebre por excelencia y las segundas como

1 E. Morin, (1973): *El hombre y la muerte*, Kairós, Barcelona, p.9.

2 L. Fernández Galiano, (1993): “Memento Mori”. *Actas del I Encuentro Internacional sobre los cementerios Contemporáneos. Una arquitectura para la muerte*. Junta de Andalucía. Consejería de Obras Públicas y Transportes, Sevilla.

evidencia universal de la muerte humana. Por esta razón todas las transformaciones que se producen en nuestros cementerios deben interesarnos por tratarse de síntomas de una evolución de la conciencia social ante la muerte, del recuerdo, del “mas allá”.

La gran mayoría de las obras arquitectónicas de la antigüedad que han perdurado, ante las que hoy nos recreamos, son monumentos funerarios. Es innegable, por tanto, la estrecha relación que el arte y la arquitectura han mantenido a lo largo del tiempo con la muerte y que en estos momentos se ha perdido en gran medida, derivado del hecho de que en la actualidad no solo se silencia la muerte, sino que hay, incluso, una cierta tendencia a ocultarla, es lo que M. Vovelle denomina “el tabú que ha hecho de la muerte la nueva categoría de lo obscuro”³.

Este cambio de actitud no solo está repercutiendo en todos los aspectos relacionados con los rituales fúnebres, cada vez más impersonales, desprovistos de significado, sino que está repercutiendo en los propios espacios de la muerte, cada vez más seriados, privados de carga emotiva, sin el espíritu evocador y de memoria de antaño. Ha de sumarse a esto el hecho que, para la sociedad en general y para los arquitectos en particular, es un tema este de la arquitectura funeraria, que resulta ser escasamente atractivo, sobre todo si nos referimos a los sencillos cementerios rurales que pueblan nuestra geografía y no a los más monumentales del mundo urbano.

2. SITUACIÓN EN GALICIA. Estrecha relación con los muertos

Existen numerosos estudios y publicaciones desde el punto de vista antropológico de la muerte, de sus rituales, de la creencia en el más allá y de sus repercusiones en la sociedad rural gallega, pero sin embargo muy pocos de ellos afrontan sus aspectos materiales y arquitectónicos, es decir, los lugares de enterramiento propiamente dichos, los cementerios. En este artículo quisiera contribuir a exponer como en nuestra comunidad, los muertos se manifiestan y se hacen patentes entre nosotros a través de pequeños y en general humildes monumentos que conforman espacios “especiales”, quizá, en algunos casos, de poca calidad artística y arquitectónica pero de gran valor emotivo, espiritual y conmemorativo. Son pequeños monumentos (Figura 1). Entendiendo e interpretando el monumento como obra hecha para perpetuar el recuerdo, como testi-



Fig. 1. Cementerio de Rivadavia. Espacio cerrado con nichos perimetrales y abigarradas tumbas centrales.

3 M. Vovelle, (1985): *Ideologías y mentalidades*, Ariel, Barcelona, pp. 108-116.

monio de una persona o de un hecho que no se debe olvidar y no como obra de carácter excepcional, ya que dado el bajo poder económico de la población rural gallega, existen pocas muestras que conviertan estos recintos en ostentosos museos de arte, lo que no ocurre en otras zonas de la geografía española como por ejemplo en la Cornisa Cantábrica⁴ donde los indios han dejado monumentales obras funerarias.

Sin embargo, a pesar de su sencillez y humildad, nos encontramos con espacios donde se perciben claramente ausencias irre recuperables, espacios que se sitúan más allá de la vida cotidiana. Espacios en los que podemos percatarnos de la presencia de los



Fig. 2. Cementerio de Santiago de Tal, Ayuntamiento de Muros. Solitario y tranquilo espacio junto al mar.

ausentes que permanecen de alguna manera entre nosotros. Espacios que encierran las historias y las crónicas de muchas vidas. Espacios en los que la muerte es silenciosa, discreta y por tanto no daña, no atemoriza. Espacios tranquilos y silenciosos ubicados en bellos parajes (Figura 2). Espacios de tránsito de lo material a lo espiritual, de lo efímero a lo permanente, en definitiva de la vida a la muerte. “Es el espacio de la ausencia, un vacío cuyo abrumador mensaje es una solemnidad misteriosa”⁵.

Espacios de los muertos que en nuestras aldeas todavía conviven con gran vecindad con los espacios de los vivos, a pesar de que al adentrarnos en los pequeños cementerios rurales sintamos que nos adentramos en otro mundo.” Tal como ocurre con los de la vida se dan costumbres y formas diversas en los lugares de la muerte; pero, a menudo, apenas distinguimos la frontera entre las dos situaciones”⁶. Esto que menciona Aldo Rossi en su *Autobiografía Científica* se da con mucha frecuencia en Galicia, donde, hasta hace relativamente muy poco tiempo, la muerte participaba de la vida cotidiana. No se escondía, se le dedicaban numerosos tiempos y ritos, y sobre todo se compartía, era un hecho social, profundamente significativo. La veneración y el culto a la memoria de los antepasados esta profundamente arraigado en nuestra tierra. Así a decir de Gondar Portasany en la cultura no urbana vivos y muertos constituyen una comunidad, con una interacción que traspasa la vida cotidiana.⁷ En nuestro mundo rural, sobre todo si lo comparamos con otras comunidades, en las que podemos decir que no está de moda nada

4 C. Bermejo Lorenzo,(1998):Arte y arquitectura funeraria. Los cementerios de Asturias, Cantabria y Vizcaya (1787-1936),Universidad de Oviedo, Oviedo, p. 157.

5 R. Etlin, (1993): “El espacio de la ausencia”. *Actas del I Encuentro Internacional sobre los cementerios Contemporáneos. Una arquitectura para la muerte*. Junta de Andalucía. Consejería de Obras Públicas y Transportes, Sevilla.

6 A. Rossi, (1984): *Autobiografía científica*, Gustavo Gili, Barcelona, p. 24.

7 M. Gondar Portasany, (1989): *Romeiros do Alén*. Antropología da morte en Galicia, Xerais, Vigo, p.15.

relacionado con la muerte, el cementerio todavía continúa manteniendo el carácter de lugar público, mucho más frecuentado que cualquier edificio de tipo cultural, cuidándose sus sepulturas con un mimo, un respeto y una cotidianidad que no se percibe en los cementerios de las grandes ciudades. La profunda relación de los gallegos con su tierra, el apego al lugar, ese fuerte sentimiento “da terra”, se percibe muy acusadamente en la necesidad de ser enterrado en ella, de formar parte de ella (Figura 3).

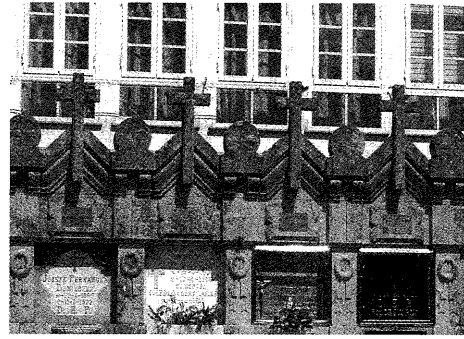


Fig. 3. Cementerio atrio de Santa María de Noya. Absorbido por el casco urbano. Estrecha relación de la ciudad de los vivos y la ciudad de los muertos.

El hábitat disperso, característico de Galicia, con pequeños núcleos de pocos vecinos, así como la accidentada orografía de algunas zonas, es una de las causas del elevadísimo número de cementerios existentes, en general de pequeña extensión. La Iglesia era y sigue siendo en muchos casos el centro alrededor del que giraban y continúan girando muchos de los actos de cierta trascendencia en la vida de la comunidad. La parroquia actúa como aglutinador, como entidad que agrupa a una serie de vecinos con un fuerte vínculo común, como es el hecho de ser bautizados e inhumados en la misma iglesia, esto último en su atrio o recinto circundante. Este hecho es fundamental para afianzar una fuerte idea de pertenencia a una colectividad específica, mucho más cercana, más interiorizada que la aldea, el pueblo o el ayuntamiento. En palabras de C. Lisón Tolosana:

“Desde el momento que una persona es bautizada en la pila de la iglesia parroquial, no importa que cambie de residencia, emigre a Asturias, Barcelona, Buenos Aires etc., sus derechos y deberes como miembro de la parroquia de los muertos siguen vigentes. Su espíritu pertenece a esta última. Porque el vivo no es sólo preocupación de los muertos de su parroquia esté donde esté; pertenece al mismo tiempo y en cierto modo a la parroquia de los muertos a la que puede ser llamado a guiar, sin posibilidad de negarse, una vez que le han dado la cruz”⁸.

Es esta una de las causas por las que perviven un gran número de camposantos alrededor del templo parroquial, en el atrio, sobre todo en núcleos rurales de pocos vecinos donde no se ha planteado la reubicación o el traslado del cementerio a pesar de causar problemas de salubridad o por saturación del recinto, debido al rechazo que este traslado provocaría entre el vecindario.

Lo que sucede hoy en día es que en muchos de nuestros municipios el cementerio se concibe, desde la administración, como un “equipamiento” o un servicio más, olvidando su carácter especial. Representa, entre otras cosas, un vínculo con el pasado, con

8 C. Lisón Tolosana,(1990):Antropología cultural de Galicia, Akal universitaria, Madrid, p.115.

los que han estado y ya no están, y como tal ha de ser afrontada su problemática y no desde un punto de vista puramente práctico y prosaico como estamos acostumbrados a ver. Con ampliaciones y obras de nueva creación en muchos casos sin un proyecto técnico detrás, realizadas sin la menor reflexión y desprovistas de la menor sensibilidad.

3. TRASCENDENCIA DE LA ARQUITECTURA FUNERARIA. Una arquitectura para el recuerdo, para los vivos. Una arquitectura para la memoria, para los muertos

La necesidad de ubicar el cuerpo muerto de alguna forma y en algún lugar surge como una de las primeras manifestaciones arquitectónicas de nuestra cultura occidental, aunque esta razón no puede ser la única que motiva la arquitectura de la muerte, como hemos visto es fundamental la dimensión sagrada y emocional.

Podíamos plantearnos que la arquitectura de la muerte no existe como tal, en el sentido de que los muertos, los ausentes, como clientes o consumidores no están, salvo por la intercesión de los vivos, lo que genera una manera especial de afrontar la problemática arquitectónica. Por otro lado los espacios funerarios son espacios atípicos ya que no se diseñan ni se piensan para habitar, ni para trabajar, ni para llevar a cabo ninguna actividad humana cotidiana, son espacios con una carga funcional muy reducida pero con una fuerte carga emocional y conmemorativa. Por tanto no podemos llegar al extremo de nuestra actitud actual de cierto menosprecio ante este tipo de arquitectura de silencios y evocaciones como tampoco al extremo de lo que sostenía Adolf Loos, en 1910, en su artículo *Architektur*:

“Sólo una parte, muy pequeña, de la arquitectura corresponde al dominio del arte: el monumento funerario y el conmemorativo. Todo lo demás, todo lo que tiene una finalidad hay que excluirlo del imperio del arte”⁹.

No se trata de una arquitectura constructora de escenarios de vida sino constructora de escenarios de evocación y memoria. No sería, por tanto, desacertado considerar esta arquitectura indeterminada, ambigua, entre el mundo de los vivos y el mundo de los muertos. Pero, en cualquier caso, sin olvidar que los cementerios deben de ser espacios que actúen como albergadores de sentimientos y emociones, como la tristeza, la esperanza, los recuerdos, los sueños, la evocación... que constituyen la relación fundamental entre la vida y la muerte. Deben de ser espacios cargados de significado, de simbolismos y metáforas. Espacios para la memoria. Espacios donde se haga presente o exteriorice el miedo a nuestra mortalidad, a nuestro propio tránsito. “Pocas veces una arquitectura vive tan únicamente de la idea. Pocas veces un arquitecto puede verse tan inútil. Pocas veces

9 A. Loos, (1980): “Arquitectura (1910)”. *Ornamento y delito y otros escritos*. Ed. Gustavo Gili, Barcelona, p. 229.

un edificio demuestra tan claramente cómo la Arquitectura es hija de las ideas de todos”¹⁰.

En cualquier obra arquitectónica intervienen una serie de elementos y una serie de datos imprescindibles que es necesario manejar y relacionar, como son el usuario, la función, el entorno o el espacio. En las obras de arquitectura funeraria aparecen dos nuevos factores, casi más importantes que estos, que son en primer lugar, el sentimiento que al visitar estos recintos se despierta en los usuarios que, evidentemente, no son los muertos, sino los vivos y que por regla general se muestran especialmente susceptibles o sensibles. Y en segundo lugar es la necesidad de dotar a estos espacios de un cierto carácter conmemorativo, de impronta o huella de los que se han ido (Figura 4).

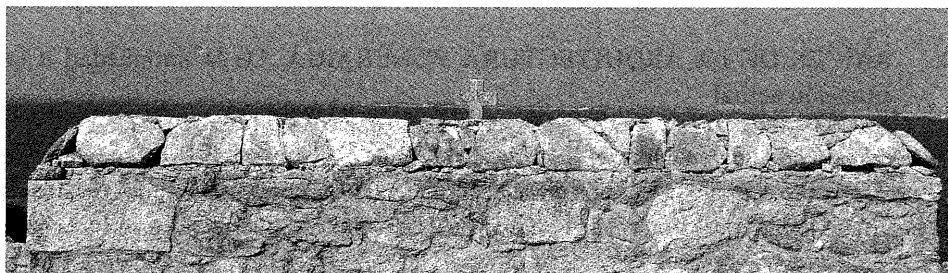


Fig. 4. Cementerio de los Ingleses, Costa da Morte, ayuntamiento de Camariñas. Levantado en recuerdo de los naufragos del buque inglés “The Serpent”.

La memoria a los muertos se hace patente cuando se señala el lugar en el que se encuentra el enterramiento, ya sea en lo profundo de la tierra o en lo alto de un nicho. Y esto es totalmente independiente de la forma, como ya lo expresaba en su momento Adolf Loos:

“La arquitectura despierta estados de ánimo en los hombres. Por ello, la misión del arquitecto es precisar el estado de ánimo... Si encontramos un montículo en un bosque, de seis pies de largo y tres de ancho, amontonado de forma piramidal, nos pondremos serios y en nuestro interior algo nos dirá: Aquí hay alguien enterrado. *Esto es arquitectura*”¹¹.

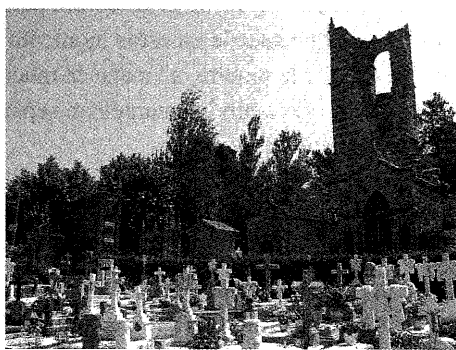


Fig. 5. Cementerio alrededor de las ruinas de la iglesia de Santa Mariña de D'Ozo, Cambados.

10 P. Riera y J.M. Gutierrez, (1993): “Dos lugares para la muerte”. *Actas del I Encuentro Internacional sobre los Cementerios Contemporáneos*. Junta de Andalucía. Consejería de Obras Públicas y Transportes, Sevilla.

11 Idem A Loos, p. 230.

El cementerio es un receptáculo de tumbas (Figura 5). Concebimos las tumbas o los enterramientos desde múltiples aspectos y desde diversos ángulos. En una primera e inmediata aproximación como espacio limitado o acotado bajo el cual se procede a la inhumación, por lo tanto constituye el hecho tangible de la memoria del que falta, del que ya no está. Como huella y vestigio del que se ha ido. Como casa de los ausentes. A consecuencia de esta visión, en una segunda aproximación podemos entenderla como provocadora de emociones, sentimientos de miedo a la propia muerte, a la soledad y por último como prueba fehaciente de la pérdida de un ser querido. De todos modos esta consideración ha variado con el tiempo, no siempre a lo largo de la historia se ha afrontado con la misma actitud y desde el mismo punto de vista la arquitectura de la muerte.

4. RAÍCES DE LA ARQUITECTURA FUNERARIA. De la antigüedad a la situación actual

Si pretendemos entender el significado de nuestros cementerios es conveniente repasar muy brevemente la relación entre la arquitectura funeraria y la actitud social ante la muerte, a lo largo del tiempo, sin olvidar que todo ello está fuertemente influenciado por la cultura cristiana.

En la antigüedad se traza una clara división entre la ciudad de los vivos y los muertos, alejando a estos fuera de las murallas, ubicándolos en los bordes de los caminos que conducían a la ciudad. Recordemos la Vía Apia también conocida como “camino de las almas”. Estaban cerca, en el recuerdo, pero la vida urbana se protegía de ellos, algo muy similar a lo que sucede en estos momentos con la actitud de la sociedad actual, esa tendencia a alejar la muerte, a “matar la muerte”. Los antiguos temían la proximidad de los muertos y por lo tanto los mantenían separados. Honraban sus tumbas fundamentalmente para impedir su regreso.

Con la aparición del cristianismo se introdujeron significativos cambios que evolucionaron en el concepto de cementerio actual, básicamente en lo referente a la sacralización del espacio que ocupaban los enterramientos. “Cementerio” es un vocablo que proviene del griego *koimeterio* y del latín *coemeterium* que significaba lugar para dormir, asociado en un primer momento con los osarios. A pesar de que los primeros cristianos descuidaron o no se preocuparon demasiado de los ritos y monumentos fúnebres debido a su firme creencia en una inminente resurrección.

Con el transcurso del tiempo esto cambia, las tumbas de los mártires se convierten en focos de atracción para enterramientos y sepulturas, y dado que estos, los “santos”, se habían inhumado en los exteriores de las ciudades surgieron en un primer momento los cementerios extramuros para posteriormente edificar una basílica, dedicada a la memoria del mártir, destinada a los peregrinos, rodeada de tumbas y atendida por una comunidad religiosa. Estas basílicas se diferenciaban de la iglesia regular del interior de la villa en que esta última no tenía enterramientos. Pronto se borró la línea entre la

ciudad, prohibida a las sepulturas, y el suburbio de los enterramientos que empezó a poblarse, atenuándose el sentimiento de repulsión que inicialmente inspiraban los muertos.

La Edad Media supuso una gran transformación de estas actitudes saltándose las continuas prohibiciones que impedían enterramientos intramuros. Se busca la protección primero del santo y después de la iglesia, por lo que pasados los siglos todos los monasterios, conventos, catedrales o iglesias protegerán bajo sus muros las tumbas de sus fieles garantizando con ello su salvación. Este hecho contribuyó en gran medida a acercar la muerte y hacerla mas cotidiana muy ligada a la vida ciudadana. De este modo el enterramiento *ad sanctos* tenía como motivo asegurar “la protección del mártir, no solo al cuerpo mortal del difunto sino a su ser entero, para el día del despertar y del juicio”¹². El enterramiento *ad sanctos* ha dado paso al enterramiento *apud ecclesiam*. El santo ha sido reemplazado por la iglesia. “La diferencia es grande para la historia del sentimiento religioso: es muy escasa para la historia del sentimiento de la muerte”¹³. La cuestión es identificar que razones conducían a elegir una determinada iglesia, un lugar dentro de ella o un cementerio.

Esta práctica se generalizó hasta tal punto que a finales del XVII el enterramiento en el interior de la iglesia no era exclusivo de la nobleza y el clero, incluso las clases medias lo habían asumido como propio, aunque no contaran con tumbas visibles ni epítafios. Según señala Aries se debe esto en parte a su vinculación con las órdenes mendicantes, (Figura 6) convertidas en especialistas de la muerte, ya que sus iglesias tenían capillas de cofradías y gracias a su vinculación a ellas las gentes humildes podían gozar del privilegio de un enterramiento en el interior de la iglesia.

Al margen de esto, la igualdad de todos los hombres ante la muerte era puramente teórica. Las clases sociales mas relevantes buscan destacarse ocupando lugares privilegiados en el interior de los templos, que pronto se saturan, por lo que una gran parte de la población debe conformarse con una proximidad relativa a los mismos, lo que supone el origen de los “cementeros parroquiales” tan abundantes en Galicia y que como antes se mencionaba, siguen en uso en la actualidad.

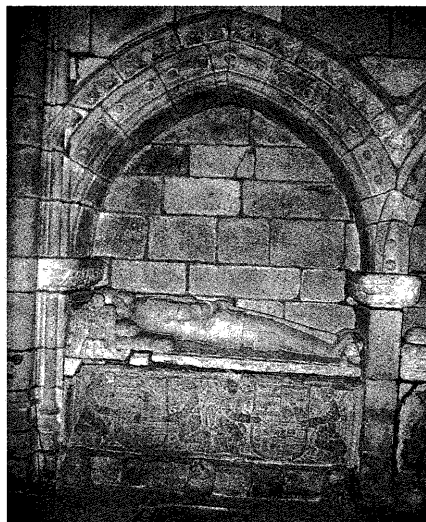


Fig. 6. Arcosolio con enterramiento en el templo de San Francisco de Betanzos, magnífico ejemplo de “templo cementerio” franciscano.

12 P. Aries,(1999): El hombre ante la muerte, Taurus, Madrid, p. 15.

13 Idem P. Aries, p. 67.

Partiendo de lo visto, en términos generales la arquitectura funeraria del pasado que ha perdurado corresponde a los sectores sociales poderosos, a la élite política, religiosa y social. Nuestros cementerios contemporáneos, sobre todo a partir de finales del siglo XVIII, son mucho más igualitarios, más “democráticos”. Ya que es en este siglo cuando por razones de salud pública, se alzan numerosas voces de denuncia del insalubre estado de los templos, que piden la construcción de nuevos cementerios. Carlos III emite la Real Cédula de 3 de abril de 1787 que establece la necesidad de construir los cementerios en la afueras de las poblaciones. Sin embargo estas disposiciones no fueron admitidas por la sociedad de inmediato, entre otras cosas porque lo que supuso para algunos sectores sociales de pérdida de un privilegio.

De hecho, debido a lo expresado anteriormente, los nuevos cementerios, que no solo sustituyen a los cementerios parroquiales sino también a los enterramientos favorecidos del interior de los templos, recogieron y asumieron el interés de las elites de destacarse y de personalizar su muerte. Los panteones familiares y mausoleos surgen como respuesta a este deseo de subrayarse frente a las propuestas más igualitarias que representan los nichos. Pero en todos los casos lo que subyace es el deseo de ubicar en un lugar concreto al difunto y poder recordarlo. Adquiriendo protagonismo la tumba.

Los nuevos cementerios del XIX, influenciados por el romanticismo imperante en este momento, se plantean más salubres, mas amplios y organizados para la visita, el recuerdo y el culto a los muertos. En casi todas las ciudades y villas importantes se construyen nuevos cementerios, no así en nuestros núcleos rurales donde se retrasó esto hasta bien entrado el siglo XX. En este siglo se produce un profundo cambio, en el que priman razones radicalmente distintas a las de los siglos anteriores, mucho más prosaicas, como el precio del suelo o el de ejecución, lo que trae consigo una pérdida considerable de calidad espacial, arquitectónica, iconográfica e incluso sentimental de estos espacios. En muchos casos nos encontramos con espacios totalmente desoladores consistentes en un inhóspito campo rodeado de un muro de bloque sin ningún elemento natural o artificial que lo humanice o que lo “sacralice”, con una serie de filas y corredores de horribles nichos muchos de piedra artificial....que siguen el modelo de nuestras urbanizaciones de mediados del siglo pasado, sin árboles y sin flores naturales pero eso sí con grandes cantidades de flores artificiales, de plástico....podemos expresar que algunos parecen más la negación total del amor al recuerdo de nuestros seres queridos que un homenaje de respeto a su memoria. En palabras de Fernando Espuelas:

“El paulatino proceso de masificación y secularización de la sociedad ha transformado los cementerios en aparcamientos de difuntos sometidos a las leyes del máximo aprovechamiento y de la vulgaridad repetitiva. Los deudos de los fallecidos intentan paliar esta situación mediante patéticos alardes de lápidas estridentes y florilegios artificiales. La consecuencia es que el cementerio en la actualidad no es más que un lugar para olvidar a los muertos”¹⁴.

14 F. Espuelas, (2002): “Exitus”, DPA, *Forma y memoria*, 18, Ediciones UPC, Barcelona, p. 36.

Hecho este último que vulnera completamente el espíritu original de toda arquitectura del recuerdo, de la memoria, que debemos preservar con la actitud que expresa J. Muntañola:

“La memoria justa, feliz y viva, en el presente, no es olvidar todo, ni recordar todo, sino un *trabajo* que construye la distancia optima entre el *recuerdo justo* y la *innovación justa*... Para recordar, pues, hay que olvidar”¹⁵.

5. LA ARQUITECTURA DE LOS ESPACIOS DE LA MUERTE. Persistencias

La intención de este artículo es, previamente a la denuncia de una determinada situación de abandono y desinterés, explicar y comprender los cementerios gallegos desde el punto de vista de su arquitectura. Por un lado manifestamos su carácter de espacio sagrado y por otro tratamos de establecer unas tipologías arquitectónicas, partiendo de unas invariantes comunes a todas ellas, lo que nos facilita su identificación y lo más importante es relacionar entre sí los dos aspectos, sagrado y arquitectónico, ya que esto último, el espacio arquitectónico, logra un valor más profundo al establecer la relación con el espacio sagrado.

Cualquier análisis tipológico debería partir de la observación de todos y cada uno de los cementerios rurales gallegos, analizando sus componentes y las relaciones entre ellos para crear la aproximación a un modelo de organización espacial. Pero no es este exactamente el objetivo de este artículo, como acabamos de explicar, más orientado al diagnóstico de una situación concreta que a la reducción de una gran variedad a una serie de clases o tipos con características comunes, aunque para lo primero sea necesario partir de lo segundo.

5.1. Invariantes arquitectónicas

Previo al proceso tipológico es necesario dejar patente una serie de invariantes arquitectónicas, que no responden únicamente a condiciones prácticas, ya hemos mencionado con anterioridad la exigua obligación funcional de estos recintos, sino que tienen relación con el signo que fija el acontecimiento de la muerte y que convierte un espacio profano en espacio sagrado. Nos referimos, en primer lugar al hecho de que todos nuestros cementerios, al margen de que sean aislados o anexos a la iglesia, son siempre espacios delimitados, recintos cerrados dentro de los cuales se supone un comportamiento establecido por parte de los vivos, distinto al comportamiento en el exterior. El muro se concibe como elemento que limita, que acota el lugar sacro, que separa el aquí

15 J. Muntañola, (2002): “Arquitectura, proyecto y memoria”, DPA, Forma y memoria, 18, Ediciones UPC, Barcelona, p. 7.

del allá, como manifestación del dominio de los vivos que protegen a sus antepasados. También puede ser concebido como elemento preservador de la intimidad, de la tranquilidad del visitante y como guardián y vigilante de los que descansan en su interior. El muro de cierre del cementerio sirve como protección del mundo exterior frente a lo que

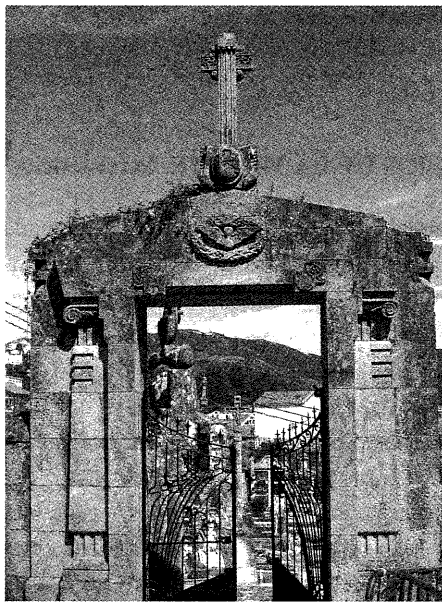


Fig. 7. Portada de acceso al cementerio de Muros.

se encuentra tras el. Es decir, debemos entender e interpretar el muro bastante más allá de su papel de cierre, de clausura, adjudicándole un papel simbólico, de límite entre dos mundos.

En segundo lugar y como consecuencia de lo anterior, otra invariante arquitectónica evidente es la existencia de un umbral claro, siempre un acceso único que no suponga ambigüedades, una puerta que no es un simple hueco de paso, una puerta que podamos cerrar al salir, es el lugar donde se produce el tránsito y donde generalmente se concentra más el mensaje simbólico, consistente en símbolos con los que el visitante está muy familiarizado, religiosa y culturalmente, con objeto de advertir claramente sobre la naturaleza del espacio que se va a traspasar (Figura 7).

De hecho, los elementos que identifican, indiscutiblemente, sin ambigüedades, nuestros cementerios son su cerramiento exterior, su verja y sus portadas con sus cruces. Las más comunes son simples muros de fábrica de ladrillo, algunos casos de piedra, con verjas de hierro, con inscripciones en frontones o portadas. También abundan desgraciadamente, desacertados cierres de bloques de hormigón con verjas de aluminio.

Por último, en tercer lugar debemos admitir que nuestros cementerios se caracterizan, al margen de lo mencionado, por los numerosos signos visuales, elementos simbólicos e iconografías, totalmente condicionados por la religión católica, que los enterramientos conllevan y que singularizan profundamente estos espacios. Memorias tradicionales del pueblo con respecto a sus muertos que humanizan estos lugares. Recordemos aquí, de nuevo, que debemos afrontar el estudio de los cementerios, no solo como espacios físicos, puramente arquitectónicos, sino como espacios con una fuerte carga alegórica, religiosa y social.

Probablemente una de las razones, aparte de la ausencia de referencias iconográficas, por las que la gente se resiste a ser enterrada en el nuevo cementerio de Finisterre, obra del arquitecto Cesar Portela, (Figura 8) a pesar de su elaborado proyecto, y de su maravilloso emplazamiento junto al mar, divulgado y ensalzado en numerosas publica-

ciones, sea el hecho de que no existe un límite, un muro, un cercado, una tapia que confine la relación con los que se han ido, que acote el espacio sagrado de la muerte. Es el propio territorio el que crea la demarcación. Portela plantea su proyecto desde el máximo respeto al paisaje, al territorio, lo interpreta como una “senda” o un “rueiro” que serpentea por el acantilado. Pero nuestra cultura interpreta el cementerio como fin y no como recorrido, lejos nos queda “el camino de las almas”. Quizá ese camino debería conducirnos al límite, con un lugar al que llegar. Quizá nos cree desazón ese tránsito. Quizá necesitemos un umbral claro que traspasar. Quizá necesitemos una puerta que poder cerrar en un determinado momento. Quizá necesitemos percibir que se trata de un lugar especial que nos haga reflexionar. Tal vez sus recursos metafóricos den la espalda a las preexistencias o bien son excesivamente cultos y por tanto se alejan de la comprensión de la mayoría de la gente. Quizá haya sido proyectado más para los muertos que para los vivos... A pesar de las palabras de su autor en referencia a su obra:

“Espero que también le guste al Cabo de Finisterre, al Monte de O Pindo, a la isla de Lobeira, al Illote O Centolo, al Mar de Dentro y al Mar de Fóra, a los marinos y marineros que navegan frente a esta costa, a los que entierran allí a sus muertos, y... también a estos, si ello fuera posible”¹⁶.

5.2. Clasificación tipológica

El análisis de tipologías llevado a cabo se centra esencialmente en las características funcionales, la “utilitas” de Vitruvio, es decir en el estudio de distribución y ordenación espacial de los distintos elementos que definen el cementerio, dejando en segundo término la “venustas”, características estéticas y formales y la “firmitas” características constructivas.

Para proceder a la sistematización tipológica es necesario tener en cuenta en primer término y fundamentalmente los elementos propios de enterramiento, nichos, fosas, tumbas en tierra y panteones, estos últimos en menor medida por más escasos, estudiando no solo su forma y diseño sino también la manera de agruparse, situarse y ordenarse. En segundo término no deberíamos de olvidar una serie de elementos de los que ya

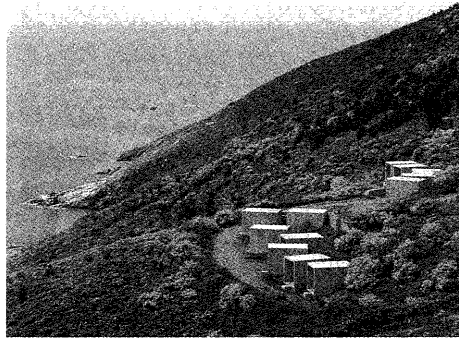


Fig. 8. Cementerio de Finisterre, obra de Cesar Portela.

16 C. Portela, (2002): “Cementerio en Finisterre”, DAU, *El silencio i la memoria*, 18, Lleida, pp. 26-31.

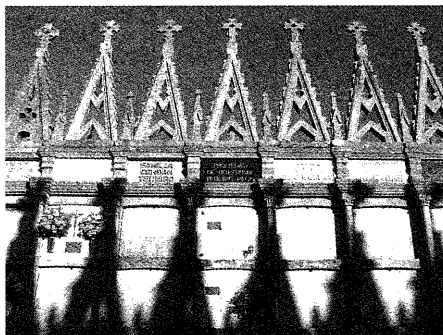


Fig. 9. Cementerio de Goiriz, Villalba, Lugo. Coronación neogótica de nichos obra de los canteros de Román.

hemos hablado, que aunque no sean relevantes en otros espacios o en otros estudios tipológicos aquí son muy significativos, nos referimos a todas las piezas ornamentales, con una gran carga simbólica e iconográfica que por su gran presencia o como consecuencia de su presencia repetitiva son fundamentales a la hora de percibir todo el conjunto, nos referimos a las cruces, remates y coronaciones de panteones, tumbas y nichos, elementos escultóricos y a todo el conjunto de códigos cargados de significados (Figura 9). Tendríamos

que considerar, por último, la existencia de edificaciones anexas como capillas, cruceros o pequeños monumentos conmemorativos.

La tipología, no es más que una simplificación que determina una serie de características fundamentales para la organización espacial, va a depender en primer lugar de como se estructuren y se distribuyan estos elementos dentro de la parcela y en segundo lugar de como se organicen las circulaciones internas y accesos.

Distinguimos tres categorías tipológicas con considerables diferencias espaciales entre si. La primera, que llamaremos **cementerio-atrío**, sería la más simple y comprendería todos aquellos cementerios que se desenvuelven alrededor del templo parroquial

con una distribución de enterramientos a lo largo del perímetro del atrio y en su interior, en muchos casos de una forma totalmente desordenada y caótica, que no responden a ningún esquema organizativo. Se concibe este tipo de cementerio como espacio de continuidad con la iglesia, lugar de indudable carácter sagrado, venerado y temido a la vez (Figura 10).



Fig. 10. Conjunto iglesia y cementerio atrio de Santiago de Traba, Laxe. A Coruña.

Cuentan siempre con un cierre perimetral, de menor altura que en el caso de los cementerios aislados, puesto que el espacio sagrado del atrio permite una mayor convivencia entre vivos y muertos,

ya que en el se entremezclan unos con otros. Es el cementerio-atrío un lugar público de relación donde confluye de modo cotidiano la vida y la muerte. Se encuentran totalmente integrados dentro de la aldea, conviviendo con naturalidad con sus habitantes. Estos “camposantos” constituyen todavía hoy la tipología más abundante en nuestro rural.

Se mantienen todavía muchos casos atrios cuyo pavimento consiste en antiguas lápidas con inscripciones borradas por el paso del tiempo y otros donde las tumbas se sitúan amontonándose sin ningún tipo de orden, siendo muy frecuente que nos encontremos con espacios totalmente consolidados, abigarrados de enterramientos entre las que no hay prácticamente espacio para circular lo que nos obliga, con cierto recelo ante tal falta de respeto, a pisar las tumbas (Figura 11).



Fig. 11. Cementerio atrio de San Pedro da Mezquita. A Merca. Ourense.

La segunda categoría obedece a **cementerios exentos**, aislados de los núcleos de población, normalmente municipales, separados ya de la iglesia y con una mayor intención de distribución geométrica. Suelen ser más recientes y de mayor superficie.

En general por sus ubicaciones, tienen un grado de impacto visual mayor que los cementerios-atrío, tienen más presencia arquitectónica por las invariantes antes vistas mucho más enfatizadas entre otras cosas por su aislamiento. Nos referimos a que casi todos los identificamos de inmediato como cementerios, solitarios, cerrados, con un camino que conduce y en muchos casos finaliza en ellos. Es su silenciosa presencia lo que nos llega, lo que percibimos.

El gran número de cementerios rurales conlleva que la gran mayoría sean de pequeñas dimensiones por lo que su distribución y organización interior se limita a un cierre perimetral con nichos adosados dejando el espacio interior para tumbas en tierra, en algunos casos ordenadas geométricamente y en muchos otros con distribuciones totalmente caóticas sin ningún criterio distributivo, totalmente abigarrados. Con frecuencia el espacio interior está dividido en cuatro zonas por dos vías de circulación que se cruzan en el centro donde suele ubicarse un crucero. En aquellas poblaciones con mayor número de habitantes esta distribución se complejiza apareciendo vías principales y secundarias, situándose los enterramientos más relevantes, los panteones, al borde de las primeras, mas cerca del acceso.

Son recintos en los que existe un claro predominio de lo construido sobre la naturaleza, desgraciadamente en estos momentos el bloque de hormigón y el granito negro. Siendo esta una de las características que más los distingue de los cementerios-parque anglosajones que ocultan las diferencias sociales bajo el césped, buscan la uniformidad, evitan elementos arquitectónicos monumentales y no fomentan el culto exhibicionista de los difuntos, cuestión esta última impensable para nuestra cultura que considera que desalientan los cultos a los muertos más arraigados.

En la última categoría, los **cementerios singulares**, incluiremos aquellos que no responden a los criterios anteriores y parten de un diseño y una concepción más especí-

fica. Son menos frecuentes en nuestro mundo rural y mas propios de aquellas poblaciones con gran incremento demográfico que se han visto obligadas a proyectar cementerios de nueva creación con tipologías que no responden a las históricas, basadas en algunos casos tanto en las nuevas concepciones de la sociedad y actitudes ante la muerte como en la utilización de nuevos medios técnicos y materiales. También podemos incluir aquí cementerios que no encajan especialmente en los dos tipos anteriores pero con características muy diversas como los cementerios neogóticos de la tierra Cha producto del trabajo de los canteros Román o el nuevo cementerio de Finisterre del que ya hemos hablado.

5.3. Tipología de enterramientos

En cuanto a las tipologías de enterramiento, no se puede plantear una tipología común de inhumación en toda Galicia. Pocas variaciones encontramos a lo largo del tiempo, conviviendo sepulturas, nichos y en menor medida panteones de los más diversos estilos, dependiendo del tipo de usuario, aunque también se percibe una cierta influencia de las tradiciones locales, así por ejemplo en la zona interior de Ourense son mas abundantes las sepulturas en tierra que los nichos, mientras que en el Norte de Lugo abundan más los nichos. Y en la mayoría de cementerios conviven los dos tipos.

Sepulturas: Disposición horizontal. Partimos de las más antiguas y más simples, los túmulos de tierra con una simple cruz en la cabecera sin ningún tipo de cercado o cierre. Es frecuente en los cementerios de la Costa da Morte encontrar estas tumbas cubiertas de arena y rodeadas de conchas como único elemento decorativo, sobre todo si corresponden a enterramientos infantiles (Figura 12).

Abundan también las sepulturas enterradas con una losa de piedra o mármol con sus correspondientes inscripciones y epitafios, incluso en algunos casos anónimos, herederas de los primitivos enterramientos en el interior de los templos. Todas ellas situadas muy próximas unas de otras y sin ningún tipo de orden o planificación previa. En algunos casos son tumbas subterráneas cubiertas con losas movедizas, coincidiendo las de personajes más relevantes, como los párrocos de la parroquia, ubicadas en lugares privilegiados, normalmente próximos a los accesos al templo, si lo hubiere.

Progresivamente se van cuidando mas estética y simbólicamente, cubriéndolas con laudas de diseño más elaborado, añadiéndoles verjas de hierro u otro

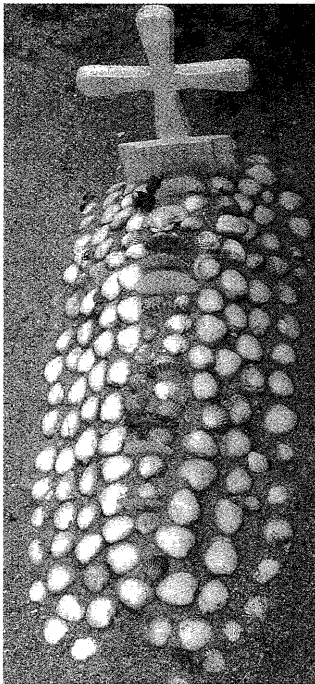


Fig. 12. Túmulo de tierra con arena y conchas en el cementerio de Santa Columba de Carnota, costa da morte.

tipo de cierre para acotar, delimitar e incluso preservar y proteger el espacio de inhumación. Y poco a poco se añaden detalles básicamente ornamentales, incrementando en un gran número de casos elementos en el frontal con cruces, epitafios, hornacinas, pequeñas esculturas, obras en su mayoría de marmolistas locales. Asimismo se va elevando la losa del suelo como paso previo a la aparición de los nichos (Figura 13).

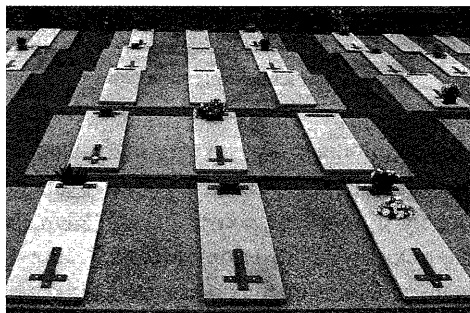


Fig. 13. Ampliación del cementerio anexo al monasterio de San Nicolás de Cins. Oza de los Ríos. A Coruña.

Nichos: Disposición vertical. Esta tipología es probablemente la más extendida en la actualidad en nuestros cementerios, quizá por el hecho de ser un tipo de enterramiento que al margen de su bajo coste, implica un gran incremento de superficie y plazas de inhumación, lo que ha supuesto en muchos casos un máximo aprovechamiento del espacio, retrasando de este modo las ampliaciones y sobre todo los traslados del cementerio a zonas más alejadas, con el consiguiente disgusto de la población rural para la que sigue siendo importante la cercanía de sus ausentes.

Su origen se remonta a los osarios que se ubicaban vinculados a los muros de las iglesias y su construcción se generalizó a principios del siglo XX. Inicialmente se plantean con una cierta preocupación estética utilizándose materiales nobles como la piedra y el mármol, situándose siempre en los muros de cierre perimetrales del cementerio, tanto si este es exento como si es un camposanto atrio. Centrándose su diseño en el remate superior casi siempre terminado con frontón y cruz, siendo aquí donde aparece la mayor carga iconográfica. Abunda las advocaciones religiosas de carácter local, así en las zonas costeras, como por ejemplo en los cementerios de la Costa da Morte, es frecuente encontrar en los enterramientos sean del tipo que sean, figuras e imágenes representando la Virgen del Carmen, patrona de los marineros.



Fig. 14. Nuevos nichos del cementerio atrio del templo de San Facundo de Rivas de Miño. Paradela.

Hoy en día, los nichos, constituyen una tipología totalmente extendida (Figura 14), repetitiva, carente de intención estética, llena de desaciertos y torpezas formales, pero de bajo coste que casi podíamos comparar a algunos de nuestros degradados barrios urbanos.

“Las sepulturas se amontonan en bloques de nichos, como colmenas para la gente de bajo nivel adquisitivo, de la misma manera que se erigen edificios plurifamiliares. Los nichos son, en definitiva, el suburbio de la ciudad de los muertos”¹⁷

Panteones: No son muy habituales, apareciendo con más asiduidad en poblaciones con numerosas familias burguesas y adineradas que manifiestan la necesidad de destacarse y significarse, constituyen un elemento de lucimiento y ostentación para una familia, tratando de crear copias de modelos arquitectónicos antiguos. Están destinados normalmente a los miembros de una misma estirpe que a decir de Carmen Bermejo Lorenzo su construcción...”está mas próxima al intento de suplantar, en un nuevo emplazamiento y a pequeña escala, los enterramientos que en el pasado se realizaban en el interior de las iglesias”¹⁸.

Suelen estar situadas en zonas principales y visibles del cementerio, y con frecuencia son construcciones de piedra, aunque últimamente se construyen, en un intento de mantener la grandilocuencia, en muchos casos de ladrillo recubierto de materiales menos nobles que la piedra o el mármol.

Monumentos fúnebres: Son prácticamente inexistentes, (Figura 15) entendidos estos como obras de especial significancia artística, pero sin embargo encontramos algunos

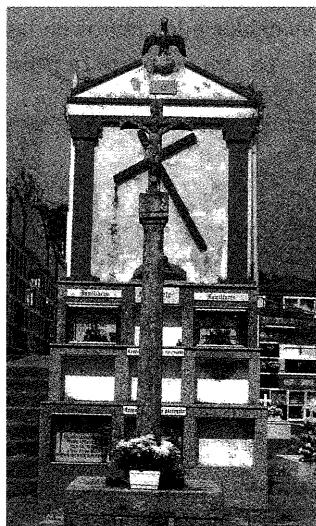


Fig. 15. Monumento funerario y enterramientos de los párrocos en el cementerio de Santa María de Fisterra.

“pequeños monumentos” que por su intención conmemorativa de recuerdo a algún personaje importante para la comunidad o bien para no olvidar los muertos de una determinada tragedia y por ser sufragados por la colectividad, pueden ser considerados como tales, aunque estén faltos de sensibilidad artística, dada su carga emotiva y evocadora.

Con frecuencia destacan los enterramientos de los párrocos o benefactores de la parroquia por su mayor monumentalidad que se subraya sobre el resto, manifestando así la influencia ejercida sobre la comunidad. Esto no solo se hace notorio por el intento de grandilocuencia sino por su privilegiada ubicación en las proximidades del acceso a la iglesia en caso de cementerios atrio o en lugares destacados y bien visibles del recinto. Perduran los monumentos de recuerdo a los caídos en la guerra civil aunque con frecuencia se ubican en las afueras del cementerio pero en las proximidades al acceso principal.

17 R. Lacuesta, M. Galcerán, (1993): “Arquitectura funeraria en Cataluña: del Ochocientos a Noucentisme”. *Actas del I Encuentro Internacional sobre los Cementerios Contemporáneos*. Junta de Andalucía. Consejería de Obras Públicas y Transportes, Sevilla.

18 Idem C. Bermejo Lorenzo, p. 159.

6. ICONOGRAFÍA. Las metáforas. El lenguaje de la memoria y del recuerdo

La arquitectura funeraria, como ya se ha venido insistiendo, no puede ser interpretada únicamente como producto de la costumbre y la necesidad de desprenderse y depositar un cuerpo muerto, sino que debe ser interpretada en la misma medida por lo que nuestra cultura le agrega de metafórico y sagrado.

Nuestros cementerios comportan una ambigüedad religiosa supersticiosa, son espacios que aglutinan sentimientos y preocupaciones humanas universales frente a la muerte como el vacío por la pérdida de los seres queridos, el miedo a la propia muerte, la incertidumbre y las dudas ante el más allá, el temor que nos infunden los muertos, el deseo de dejar una huella, una impronta, un “he estado aquí”.

Por tanto, de la contemplación del arte y la iconografía funeraria se puede admitir que nacen de una profunda mirada a la vida y no a la muerte. Quizá del placer y la ilusión de vivir o de la necesidad de permanecer mas allá de lo circunstancial. El hombre contemporáneo rememora a sus muertos a través de una arquitectura en la que descarga creencias, miedos, afectos, recuerdos, muy condicionado por la religión, con gran riqueza iconográfica que en la actualidad se va perdiendo para simplificarse cada vez más. El distanciamiento de la muerte que se ha producido en la sociedad se percibe y se acusa en los cementerios actuales, entre otras cosas por la disminución y en casos ausencia de símbolos utilizados.

Los cementerios deben de ser espacios en los que los usuarios, los vivos, más que los arquitectos, incorporen elementos simbólicos o filosóficos a la hora de elaborar sus sencillos “monumentos”. Como mencionamos anteriormente concebimos el monumento como testimonio de una persona o de un hecho que no se debe olvidar. Las modestas sepulturas de nuestros cementerios rurales han sido concebidas desde esa óptica de “monumento”, para mantener vivo el recuerdo. Utilizando un primer nivel de información como nombres y fechas, fotografías, epitafios que nos hacen recordar lo que el ausente fue en vida y un segundo nivel más iconográfico y formalista a base de imágenes religiosas, cruces, ángeles, cuyo papel responde a la idea de la muerte como final y entendidas estas como intercesoras en ese tránsito. También, aunque en menor medida como manifestación de lo que Ariés llama “*el dolor por la muerte ajena*”¹⁹ aparecen epitafios, pequeñas figuras y en menor medida esculturas que representan el dolor, la ausencia, la tristeza o la esperanza (Figura 16).

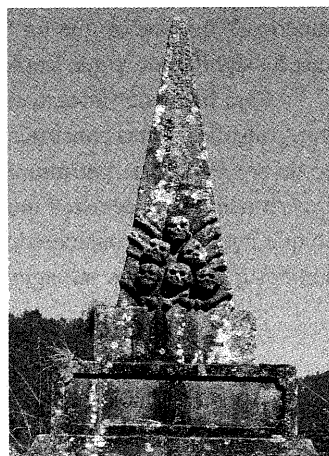


Fig. 16. Detalle de coronación de nichos en el cementerio de Rivadavia. Ourense.

19 Idem P. Ariés, p.

7. DENUNCIA DE UNA SITUACIÓN. La verdadera muerte es el olvido

Los profesionales que más intervienen en el diseño de nuestros cementerios rurales son los marmolistas que se limitan a copiar insistentemente un determinado diseño al que van aplicando pequeñas y casi imperceptibles variaciones, por lo que carecen de originalidad. La intervención de arquitectos o escultores queda reducida a cementerios urbanos y se caracteriza entre otras cosas por su exclusividad. En muchos casos las ampliaciones y los nuevos cementerios se dejan en manos de maestros de obras y técnicos municipales, junto con marmolistas, que a pesar de su buena intención carecen de la formación y de la sensibilidad necesaria para dotar a estos espacios de la carga emocional y estética que deberían.

Como hemos venido insistiendo a lo largo de todo el artículo, en los últimos años se ha producido una profunda transformación. El quebranto y la pérdida de lo simbólico y la soberbia del avance tecnológico y económico están acarreado grandes mutaciones derivadas del hecho de dejar a un lado referencias y principios que hasta hace poco tiempo parecían incuestionables para nuestra memoria colectiva. La costumbre de la incineración que empieza a introducirse en la actualidad en nuestra sociedad supone una ruptura total con todas las costumbres anteriores, despojando los ritos funerarios de la carga “sagrada”, cambiando comportamientos y actitudes lo que derivará en una metamorfosis total, en unos años, de la arquitectura de nuestros cementerios. Quizá estemos en un momento en el que a los hombres no nos interese o no necesitemos, continuar construyendo “monumentos” *post mortem*. Y de estas cuestiones no deberíamos desentendernos. Aunque por el momento, como a lo largo de los últimos siglos, el hombre todavía busca ser recordado, todavía busca permanecer en la mente de los vivos incluso después de muerto. Y que mejor que un “monumento” para ello, algo que refleje lo que ha sido, lo que ha significado y que impida que sea olvidado.

Para mantener integro el valor de estos espacios es fundamental restaurar, conservar, consolidar estas construcciones hoy en día tan abandonadas y deterioradas, con objeto de preservar este patrimonio, tan poco respetado para la posteridad. Ya que en nuestros cementerios coexisten imágenes de los más diversos estilos y estéticas diversas. Por lo que pueden ser considerados verdaderos inventarios de tipologías de estilos arquitectónicos que debemos salvaguardar con el máximo respeto. Rodríguez Barberán afirma:

“El cementerio como museo, como catálogo de formas constructivas, es un instrumento espléndido para la reflexión histórica, que debe ser preservado de la construcción, incluso cuando su ciclo vital ha concluido”²⁰.

20 F. J. Rodríguez Barberán, (1993): “Algunas reflexiones en torno a las necrópolis contemporáneas”. *Actas del I Encuentro Internacional sobre los Cementerios Contemporáneos*. Junta de Andalucía. Consejería de Obras Públicas y Transportes, Sevilla.

Cuestión que con anterioridad planteaba Oriol Bohigas²¹ al referirse al cementerio como ciudad de los muertos referenciando su arquitectura a la ciudad de los vivos:

Los arquitectos como colectivo no deberíamos mirar hacia otro lado y omitir y olvidarnos de un tema en el que tenemos cierto grado de responsabilidad. Debemos tomar conciencia de la importancia que tiene la arquitectura funeraria. En términos generales las reformas y ampliaciones que están sufriendo muchos de nuestros cementerios rurales, en la mayor parte de los casos, como denunciábamos antes, sin un proyecto técnico de partida, tienen una pésima calidad y carecen de un mínimo de sensibilidad y casi diría de un mínimo de dignidad, (Figura 17) cosa que no le falta a nuestros antiguos cementerios que aunque pobres, abigarrados y humildes en muchos casos han sabido conservar su carácter de lugar “sagrado” y continúan siendo espacios para los vivos, para recordar y añorar.

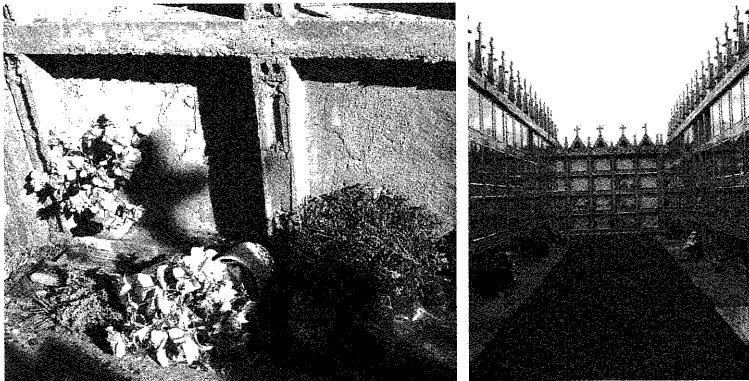


Fig. 17. Deterioro, abandono, olvido, consumo y estandarización.

No deberíamos por tanto mantenernos al margen e indiferentes ante un problema tan importante que nuestra sociedad, concretamente nuestros ayuntamientos deben encauzar correctamente, con una mentalidad distinta a la recogida de basuras o al alumbrado público por ejemplo. La sociedad debería exigirnos el conservar la propia memoria que progresivamente va perdiendo gran parte del valor alegórico para ser suplantado gradualmente por una estandarización y por una producción en serie de imágenes.

Se hace imprescindible que la administración tutele con rigor estos espacios para garantizar su conservación e incluso su continuidad (Figura 18) Sería conveniente trascender la propia administración local a la autonómica para poder regular de este modo procesos de recuperación, mantenimiento o conservación más homogéneos y acordes con nuestra propia cultura.

21 O. Bohigas, (1973): “Los cementerios como catálogo de arquitectura”, CAU, nº 17, enero-febrero, Barcelona, p. 56.

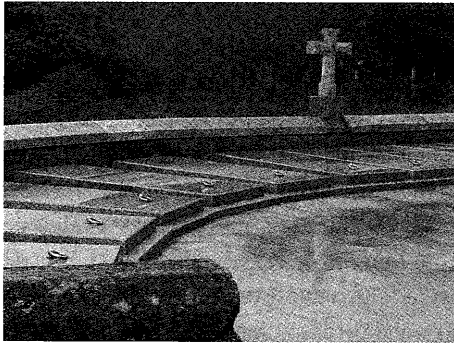


Fig. 18. Ejemplo de correcta actuación en la ampliación del cementerio de Pazó. Allariz, Ourense.

Al final del camino debemos volver la vista a nuestros camposantos rurales para encontrar aquello que aunque está en nuestro mundo no siempre vemos y teniendo en cuenta la tónica consideración que la verdadera muerte se produce con el olvido. En palabras de Luis Fernández Galiano:

Los signos de la muerte no son las cruces, las urnas, las antorchas invertidas o los cipreses, sino el sueño y sus atributos.....y el cementerio es

el “lugar donde se duerme”. No debemos olvidar a los dormidos, porque quizá somos parte de sus sueños. Recuperar la vieja dignidad de los ritos y las arquitecturas funerarias es también una forma de soñar: una forma esperanzada de imaginar, desde la ciudad de los muertos, la comunidad civil de los vivos.

Y algún día todos nosotros, inevitablemente, dormiremos y otros formaran parte de nuestros sueños...